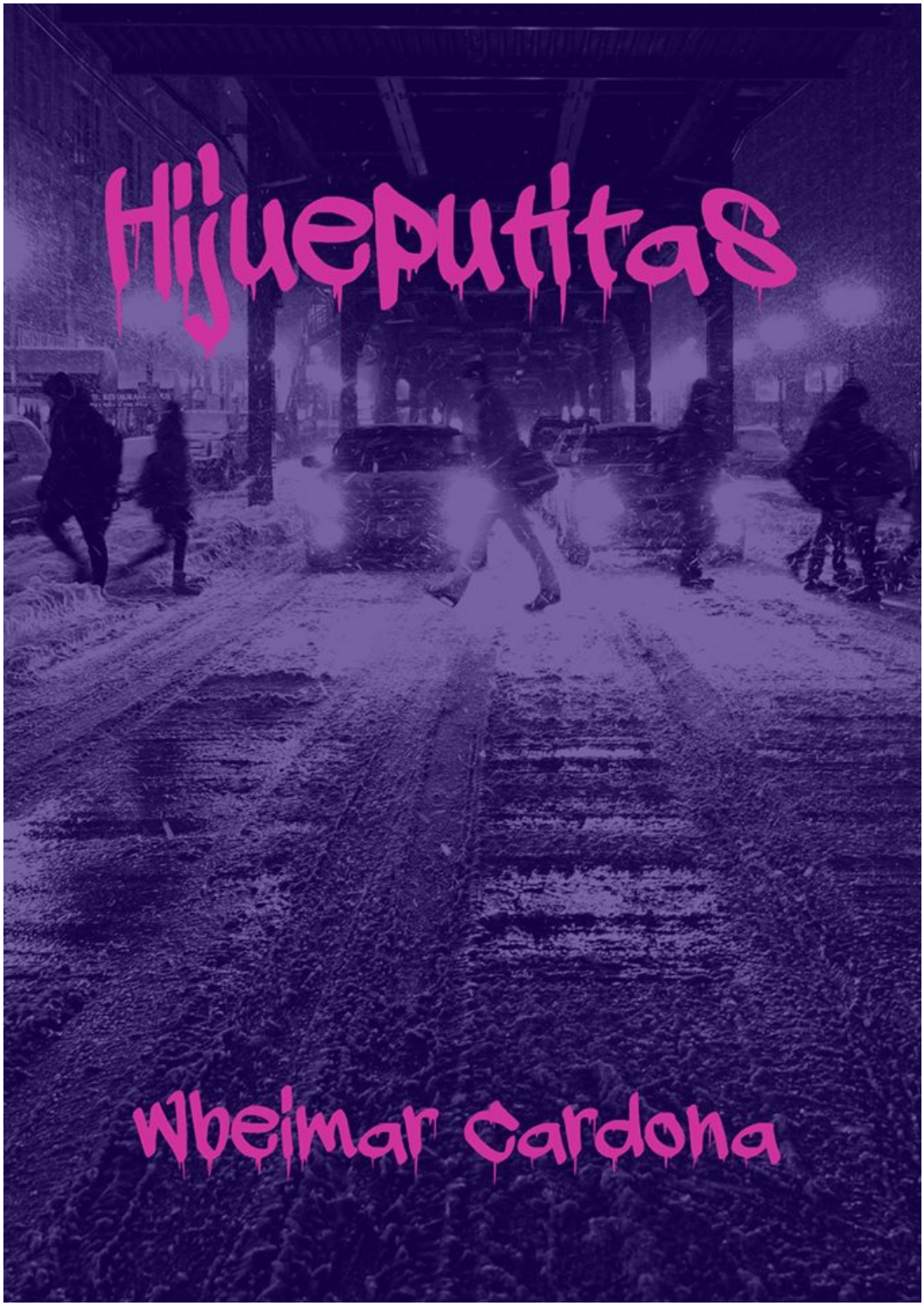
Hijueputitas

Wbeimar Cardona



Capítulo 1

HIJUEPUTITAS

(Autor: Wbeimar Cardona)

Once simples carreras y no más de cuarenta calles, poco para un lugar donde abundan las presas, y con ello los cazadores; pocas veces le había puesto cuidado a ese constante frenesí que imperaba a mi alrededor, quizás era causa de mi desapego hacia la realidad, y de mi mascara de sublime indiferencia; fuese lo que fuese, impidió que por muchos años la realidad de Hijueputa se desnudara antes mis ojos oscuros. Un lugar situado en la mitad de todo, lleno de rótulos de antaño, donde todos cargan navajas y sonríen para aparentar una relativa calma, una mentira que todos susurraban al oído, encerrados en sus casas de interés social, apegados a la rutina, y a la mediocridad. La verdad es que es un pueblo lindo, quizás Fernando Vallejo tiene toda la razón, no hay país más hermoso que Colombia, pero no hay peores seres humanos que los colombianos, y no me refiero en cuanto a los malos, sanguinarios, bélicos y controladores que solemos ser; me refiero a lo ignorantes, a los ciegos y a lo indiferentes que nos hemos vuelto; y yo ahora replico que no conozco un lugar mejor para ver como cae la tarde que la meseta de Hijueputa, o el parque principal, incluso sus calles atestadas solo de superficiales impresiones de un pueblo en estado de pasividad.

Necesité gran parte de mi vida para despertar y empezar a vivir en realidad, para ser consciente de lo que me rodeaba; es que la vida no es cuanto oxigeno puedas convertir en CO_2, ni cuantas cervezas te tomes en el bar de tangos de la esquina; es más tampoco se basa en si logras entender "Cambalache", el inmortal tango de Gardel, o si alguna vez le dijiste al viejo narcisista que se sienta a observar cómo se maquilla la evolución de un pueblo involucionado, que estaba gordo y carecía de moral.

Creo que nunca esperé la llegada de este Mayo, el más irreal que he visto en mi vida, y es tan solo una impresión mía, todo siempre ha sido igual, solo que suelo ser un sujeto que lucha constantemente con las ataduras de una realidad de explicita crudeza.

En una mañana de miércoles, sin hechos que diferenciaran la vida habitual en la que se hallaba Hijueputa, encontré un mundo diferente al abrir los ojos; creo que fue la primera vez que desperté en verdad, observe el azul pleno y el sin sentido de la vida en este pueblo, y lo que es más importante aún, el peligro de vivir en el ojo del huracán; con la oportunidad de ser el cazador si es que no tienes conciencia, o de ser la presa si no tienes cerebro; en ambos casos es igual, aquí todos se muerden, y ojala me refiriera a una orgía junto a la estatua del libertador,

donde todos se mordieran los senos, sin escrúpulos.

Tres iglesias traídas desde Roma, con el mismo protocolo, con los mismos feligreses; y otro tanto, (las llamadas iglesias evangélicas, esas que siguen en el siglo XVIII), diseminadas como brotes de alguna plaga que potencia la ignorancia de los habitantes de Hijueputa. preguntaran que clase de desadaptado, anarquista y asocial ser humano hace esta clase de apreciaciones, créanme, yo también me lo pregunté sentado tomándome un café, irónicamente café ecuatoriano, los colombianos no tenemos derecho a tomar de nuestro propio café, ese es para exportar, para que lo paguen en dólares, y nosotros no veamos un solo centavo de esos pagos. No me voy a presentar, para que hacerlo, nadie hará caso a mi nombre, ni mucho menos a ese monologo sacado de lo más recóndito del alma de un indignado que busca liberarse de la mentira en la que vivía.

Hijueputa es un pueblo que carece de bases en todos los sentidos, históricamente está sustentado en una historia escrita por un payaso y aprobada por el circo que rige la historia del departamento; ¿Cómo se llama el departamento?, la verdad hasta ya lo desconozco, así que solo lo llamaré "La antigua mariposa" un hermoso paraje lleno de historia, de vida, de muerte, de resurrección; ¿pero qué es Hijueputa?, la verdad tampoco lo sé; solía llamarse de otra manera, ya que geográficamente está bien posicionado, y puede servir para lo que sea; irónicamente elegimos que fuera lo menos conveniente posible.

Hijueputa por lo que sé, sigue vendiendo la idea de ser un lindo lugar para descansar, y lo es, ¿pero cómo descansar en un lugar como este?. En muchas ocasiones me preguntaron con esa carita de ensueño que de donde era, siempre he respondido que de un lindo cráter custodiado por hermosas montañas, un lugar que para los que tuvieran dinero era un paraíso, para los otros prisión; ahora solo diré que soy de un sitio pequeño, y a pesar de ello es un lugar salvaje, lleno de desechos morales; un lugar donde las hienas jamás tienen hambre. Las hienas, eso son los habitantes de este hermoso poblado a las orillas de un río moribundo, el cual solo sirve para darnos el agua de beber; aunque también sabe amenazarnos de vez en cuando.

Llevo más de 20 años en Hijueputa, toda una vida, una muy mal vivida. Nací en este lugar, en el hospital municipal, me pusieron un nombre clásico, para ser un clásico Hujueputita, luego me fui a un lugar cercano, me enamoré, me hice abogado, uno mediocre y corrupto como el resto, ejercí en la hermosa y conflictuada Bogotá; hice algo de dinero (La corbata sirve para robar honestamente), nunca tuve renombre en mi carrera, quizás por ser muy cobarde, rechacé el derecho penal y me fui por el administrativo; buscando las herencias, los líos familiares, y en algunas ocasiones los líos entre pequeñas y medianas empresas. Un abogado sin mucho talento, de esos que andan con la constitución debajo del brazo, con pensamiento lento e indeciso, pero con carisma y con la

capacidad de brindarle aunque fuese sexo a viudas desamparadas.

Recuerdo a una, su nombre era Martha, una caleña, de esas que uno diría que pudieron inspirar a Andrés Caicedo; de ojos cafés, unos 38 más o menos; con la menopausia sonriendo a una relativa distancia, y con un infierno entre las piernas; la primera vez que estuvimos juntos, fue el mismo día del velorio de su señor esposo, un hombre 54 años de edad, publicista de profesión, estudiado, educado, adicto al Crack y a la vida nocturna de la zona rosa. Solía salir con él, nos sentábamos a tomar Whiskey, a hablar de la semi - desnudez de las mujeres del siglo XXI y a fumar; normalmente cigarrillo, pero no rechazábamos la marihuana, ni el bazuco, tampoco el crack, es más, confieso que me chuté un par de veces y me enredé con mujeres de las cuales no recuerdo ni cuanto les pagué. En fin, este publicista era de cuna noble, destinado a tener dinero, mujeres, drogas, y un abogado que le diera cierta tranquilidad; creo que realmente solo le servía para cubrir sus constantes infidelidades, eso en vida, tras su muerte solo servía para quedarme con el 35% de todo lo que tenía. Aun así lo consideraba un amigo, salíamos todos los sábados sin falta, normalmente nos encontrábamos en un bar de Jazz que queda en el norte; en ese lugar fue donde aprendí que había otro mundo, pero solo cuando estaba allí, creo que fue el efecto del Jazz, música que reencontré en mi desahuciado presente.

Cambiábamos siempre de lugar, aunque el sitio de encuentro era casi siempre el mismo, normalmente eran clubes nocturnos, moteles, o bares en el centro de la ciudad. De los diez años que anduve con él, creo que solo me gasté un par de millones, y eso que en una ocasión en la que él cumplía años y atravesaba por un mal momento; ay, pobre Jairo, nunca le dijo que la amaba, es más, nunca tuvo una noche con ella. Karla, pelirroja, con fuego en la mirada, y un oasis de tres millones entre las piernas, el delirio de mi amigo, mi mujer de los jueves; modelo de profesión, la mujer de quien no tuviera en que gastar el dinero, o de un hombre como yo, primo del dueño del Puteadero en el que ella trabajaba.

En fin su esposa en verdad parecía traída de la sucursal del cielo, ahora comprendo a Caicedo; conservaba el peculiar acento de Cali, y en la cama se movía como bailando salsa, es más un par de veces mientras me cabalgaba, me repetí mentalmente "Hay fuego en el 23", pero no, era solo yo a punto de venirme.

El día del velorio de Jairo fue peculiar, no solo porque me acosté con su mujer, sino porque comprendí la débil línea que separa la vida del misterioso viaje a las estrellas. Me encontraba fumando afuera de la uneraria, pensando en la sencillez de los infartos, o como yo suelo decirles "Despedidas repentinas", el viento era suave pero me helaba la piel, me sentía desnudo, no servía de nada traer un gabán y una bufanda de lana que compré en un viaje a Boyacá; simplemente tenía frío, por un momento pensé que Jairo me estaba hablando al oído, con la voz fría,

tanto como la misma muerte, entonces apareció ella, esta vez no me miraba como lo hacía usualmente, estaba perdida, humanizada, tanto como para llorar abrazándome, aniquilándome el frío, la razón, el pudor y el respeto que le tenía a mi amigo. Sigo sin entender el porqué de la erección.

El velorio, algo eterno, no sé si ella me sintió, pero no apartó sus ojos de mí. Cuando era ya las 2:10 am en mi reloj de bolsillo (Nunca dejaron de gustarme), volví a encender otro cigarro, ella me pidió fuego, encendió otro y echamos a caminar, nadie dijo una sola palabra, en ningún momento, era pura inercia, al llegar a un pequeño cruce de escasa iluminación, un destello me encandiló; malditas luces de neón, eso pensé, pero siguió el silencio, ella parecía apegada al infinito, en especial al color azul del letrero el cual solo decía "Motel las estrellas", juro que nunca pensé nada, caminábamos como atados, no se quien llevaba a quien, en todo caso esa noche tuve el sexo más mecanizado de mi vida, completamente coordinado, todo encajaba, desde los besos, hasta la exactitud de la penetración al momento del coito; los gemidos rompieron el silencio, pero insisto en que nadie dijo nada, tan solo nos mirábamos como si nuestras vidas dependieran del clímax instantáneo que dejaría esa noche, el cual se prolongaba, y se tornaba mágico cuando las luces de los autos golpeaban la ventana y se estrellaban contra las paredes ajadas, de colores difusos, y contra el pequeño mini bar color lila que estaba a la izquierda de la cama. terminar nos quedamos unos quince minutos abrazados; ella con los ojos cerrados, yo solo mirando a través de la ventana el fantasma errante de un avión del Dorado. Nos vestimos en silencio y regresamos al velorio sin decir nada; nueve días después llevé el testamento, nos entregamos en la cocina antes de que llegaran sus dos hijos, leí el testamento, entregué lo de ellos, me robé lo mío y desaparecí.

Esa experiencia me marcó en algo la vida, tal vez solo internamente. Fuimos amantes un año, entre el duelo, y el sexo las diferencias son escasas, pero admito que ese último año en la capital lo sorteé viviendo solo cuando era momento de comer, tener sexo o beber, Martha me ayudó con ello, tenía una adicción peculiar al opio, así que para ser sincero no estuve mucho tiempo consciente de lo que hacía, o al menos esa era mi disculpa. Nunca nadie se enteró, por cosas de la vida decidí venir a visitar a mi querido Hijueputa, lo hice en un viaje lento y estresante, pero eso quería, limpiar un poco las penas del libertinaje de la capital, para esa entonces mi pueblito era una utopía, una muy errada, completamente maquillada de esperanza y tranquilidad; a mi llegada, después de ver tantos árboles en el camino, como senos en mi vida, logré ver un letrero que anunciaba mi destino, estaba oxidado e inclinado sesenta y tres grados hacía la derecha, irónico, pero solo decía: "Hijueputa, un lugar donde todos somos hijueputitas", sonreí con frescura, mientras el coche avanzaba, un arco natural me daba la bienvenida, el aire cálido me acariciaba la piel, recordé de golpe a Martha, y el primer

café que me había tomado cuando llegué a Bogotá.

Había comprado tres meses antes un apartamento en un edificio cercano al parque, pero estaba haciendo algunas vueltas para comprar una casa campestre ubicada a quince minutos del centro, el lugar perfecto para un sujeto que solo quiere dormir, y leer a Chejóv, a Poe, Hesse, Sabines, Kafka, Andrés Caicedo, y libros como La sala número seis ” y “El lobo estepario ”, mientras toma vino; nada fuera de lo común, todos al llegar a cierta edad revalúan sus conceptos morales, religiosos, sociales, políticos y culturales, incluso algunos llegan al punto de cambiar sus gustos sexuales; este no era mi caso, claro que si pensaba un poco más en la vida, y por eso buscaba a Hijueputa, según lo recordaba era un pueblo tranquilo, claro que era un recuerdo de hace 20 años, cuando la juventud me impedía pensar en otra cosa que no fuera sexo, alcohol y drogas, nada fuera de lo normal en un puberto, claro que estoy hablando de un joven de los 80's, nada similar a uno actual, donde la tecnología piensa por todos y los seres humanos nos limitamos a pensar en cómo ser un poco más perezosos, precoces y promiscuos. Pero a mis 45 me sentía cansado, el sexo se había vuelto algo muy trivial, casi ni sentía nada ya, y las mujeres que conocía en Bogotá no eran para nada ajenas a mi mundo, solo eran prostitutas, drogadictas, alcohólicas o en el mejor de los casos viejas amargadas a las que la religión y la tradición machista las había vuelto simples putas de la casa.

Buscaba algo diferente, algo que no iba a encontrar en una ciudad como Bogotá, por eso decidí regresar a Hijueputa, esperaba centrar mis últimos años, fingir que soy un erudito y gastar algunos cientos de pesos en alguna obra de caridad que me pareciera que valía la pena, aunque aún pensaba en los negocios, en las posibilidades de ser un tipo hábil a pesar de lo mediocre, sabía que muchos iban a buscar mis servicios, pero no esperaba trabajar mucho, por eso no puse oficina, ni llegué haciendo ruido, solo quería observar, aunque todo parecía normal, salvo que la iglesia principal estaba ridículamente pintada de amarillo, algunas calles estaban construidas en adoquines (El deseo de ahorrar en concreto), y el pueblo tenía un extraño olor a polvo seco, por un momento recordé a Honda, un pueblito del Tolima; nada de eso me molestaba, cordaba que el pueblo era tranquilo, no era de esos lugares de los cuales se escuchara mucho en los diarios, o en la televisión, ni siquiera la Internet daba razones, por un momento pensé que había llegado a "ningún lugar", pero recordé que todo era tranquilo, primer discernimiento errado.

Los primeros tres años allí fueron sencillos, Hijueputa tenía un hechizo de niebla, era imposible ver más allá de las noches de domingo y las tardes de miércoles, esos días eran peculiares, opuestos directos; los domingos están repletos de gente, los campesinos traen de todo, las cantinas cobran vida, y la vida nocturna le alza la falda un poco a la mentira de la que vivimos los Hijueputitas, aun así mi escaso sentido de pertenencia, y mi aislamiento me impedían si quiera ver donde vivía; digamos que no

pasaba de las criticas típicas sobre la decadencia Juvenil, el presidente Santos, el Dólar, las FARC, Uribe y los Paramilitares, la guerra en Siria, los planes macabros de Estados Unidos o la pelea a las 2 am del lunes, al salir de algún bar.

Bares, la vida pura, ningún Hijueputita puede sobrevivir sin ir a uno, ya que no hay mucha diferencia entre una iglesia, un culto, un bar y una cantina, todos pagan por placer; unos por sentirse redimidos, otros porque simplemente le tienen miedo a un Dios que no aparece ni cuando se le ruega a las tres de la mañana en un hospital, otros porque necesitan olvidarlo todo, y el alcohol sirve para eso y más. Olvidar, que querría un Hijueputita olvidar, vive en un pueblo donde nadie dice nada, y los que lo dicen solo son una manada de resentidos, o solo lo hacen por haber perdido una alcaldía, un consejo, o porque el político de turno no les dio un puesto por los próximos cuatro años; cosas simples, pasan en todos los pueblos de este glorioso y astillado país.

o en esos momentos gozaba de la tranquilidad del ignorante, por supuesto que había hecho amigos; muchos, pocos, ninguno, la verdad en este momento no lo sé; lo único que tengo claro es que cuando hablas con gente que se mueve en el seno de la vida social, política y económica de Hijueputa empiezas a desnudarlo, y cuando lo haces te das cuenta que venías haciéndole un oral a este puto pueblo, y cuando lo descubres ya se ha venido en tu boca.

La verdad es que no tengo nada contra los orales, es más creo que me encantan, Karla, la maldita ninfa, hacia el mejor oral que he visto en mi vida, con tanta ternura que algunas veces lo confundes con amor; pero sea cual sea el caso, los orales si son demostraciones de cariño, de un cariño humano, para nada divino, solo de satisfacción y estimulación; en este caso era solo un insulto, como cuando a cierto compañero de clases, le echaron semen en la boca mientras dormía, ahí ya es algo indignante, tanto que se suicidó dos semanas después, ya no vivía en el pueblo, pero creo que nunca lo superó.

Y así me sentí yo un par de veces, aunque lo consideré casos aislados, un par de enemigos no eran mucho para lo que podía hacer en Hijueputa, sencillamente hacer nada, aquí ese es el deporte, hacer nada. Las calles sirven para todo, vendedores ambulantes, prepagos de 13 años, estudiantes con serios problemas de depresión, los tortolitos en la acera, las viejitas que sobrepasan los 60 criticando el curso de la sociedad actual; nada fuera de lo común salvo por algo.

Lo descubrí cinco años después, dos meses antes de cumplir mis 50 años; y lo hice solo por un acto de extremo coraje, al sentirme atrapado, al saber que todos eran enemigos de todos; que esos dos enemigos que creí

casos aislados, ya no eran dos, ya eran los que pudiera descubrir.

volvámonos seis meses en el tiempo, había iniciado un negocio con un ilustre viejo verde de 65 años, le gustaba mucho la marihuana (en este pueblo a quien no) y las jovencitas que apenas llegaban a los 17, las esperaba en una camioneta modelo 2010 a las afueras del colegio, solo tenía que pitar, y dos o tres se subían en silencio, no me gustaba ir con él, lo esperaba dos cuadras más arriba, con un paquete de condones y dos botellas de tequila; hacían lo que quisieras, lo que les ordenaras, eran simples esclavas que no cobraban más de 100 mil pesos cada una, todo se hacía en silencio, pero todo el mundo lo sabía. Jorge, ese era el nombre de mi amigo, teníamos un negocio exitoso, era algo simple, pero que llamaba la atención sin siquiera hacer esfuerzo, y no solo era la atención, también el dinero y los ojos de los Hijueputitas, más hijo de putas del pueblo. Teníamos dos bares, uno en Hijueputa y otro en un pueblo cercano, ambos eran tematizados como aquel bar de Jazz del que solía hablar, es más, creo que me recordaba mucho a mi eterno amor, una chica que conocí en el colegio, adicta a esa música, una soñadora; una mujer que el único pecado que tenía era ser tan pura y haber estado tan atrapada; amaba a Cortázar y su "Rayuela ", la ópera; y le gustaba el café y el chocolate por igual, tenía los ojos claros, pero explosivos, simples nebulosas de alta definición; era una mujer de encantos perfectos, una que solía comparar con la luna, incluso en algunas ocasiones al leerla lograba ver esa elegante bohemia de Elvira Sastre. La última vez que la vi llevaba una cámara colgada en el cuello, tenía ese hermoso semblante tísico y sonreía al fotografiar un petirrojo, no le hablé, no me reconoció; estaba radiante, como la misma luna llena, me equivoqué al dejarla ir, por eso Hijueputa para mí siempre anda en luna nueva.

Jorge era simplemente un loco, nunca salió de Hijueputa, pero fue porque nunca necesitó hacerlo, le bastaba solo con enviar trabajos aun periódico de la capital, y ya, ra todo un ídolo. Su redacción siempre fue prolija, y esa fue su condena, tres años después de haber comenzado con el negocio, Jorge inició su puja por la alcaldía, algo que para mí era estúpido, pero no dudé en ayudarlo.

Conocí a Jorge tres años después de haber empezado una amistad con él, tenía ideas prolijas, la filosofía le había enseñado sus mañas, y él se había apropiado de ellas, a tal punto de crear un programa de gobierno intachable; con todo y su fama de mujeriego, y de viejo verde, se perfilaba como ganador. Yo no hacía mucho en campaña, salvo asesorarlo, intentamos hacer todo de manera transparente, incluso se inscribió por firmas; ese pequeño aspecto me puso a pensar demasiado en la moral de Hijueputa, aunque la verdad hice caso omiso a todo, este pueblo era para mí un paraíso, un lugar donde cada mañana el cantar de las aves y el rocío en las hojas, sacaban lo más espiritual que tenía; y ni se diga de las noches, en especial las de semana, no salía con Jorge, me iba a caminar a las doce de la mañana, sin rumbo, protegido solo por un

revolver, ocho balas y un abrigo que había heredado de Javier, aún tenía el olor de Martha, pero no era algo que me preocupase mucho; era bueno olvidando, evitaba que sintiera culpa, y fuera de eso me generaba un vacío que podía llenar leyendo poemas de Rimbaud, Poe, Bukowski , Ortega Palomares, Sabines, Baudelaire y Neruda. En fin, Jorge continuaba su campaña de manera aplastante, y poco a poco se desnudaban las inconsistencias del pueblo, de la gente, de la aristocracia de este maldito pueblo.

Cuando faltaba un mes para las elecciones, un viernes a las ocho de la noche decidí irme a casa, había luna llena, y por azares de la vida, recordé que aquella mujer que siempre vestía de vino tinto estaría quien sabe a cuantos kilómetros de distancia de mí, solo mirando la luna hasta quedarse dormida al lado de su piano, o con los cachetes apretujados contra el cristal la ventana; solo eso me hizo querer ser libre, me despedí de mi amigo, un gran hombre, el cual me dijo que me apreciaba mucho, todo mientras fumaba un cigarrillo con olor a canela; luego justo antes de cerrar la puerta del coche, se acercó, con los ojos llenos de un adiós extraño y me entregó cinco gramos de marihuana, un encendedor, media caja de cigarrillos y una botella de vino del 1983, sonrío y siguió en el bar con un par de putas las cuales consideraba sus favoritas. Me fui a casa con el corazón en Stand by, sentí que debí haberle dicho algo, pero la luna me borraba la memoria y me anestesiaba las penas.

Luego de pasar toda esa noche bebiendo en mi casa, fumando, y soñando con la luna, me dormí sobre una hamaca que había dispuesto unos días antes en el jardín de la casa, no recuerdo lo que soñé esa noche, solo sé que era un sueño muy cercano los cuentos de Lovecraft, pero no era nada de qué alarmarse.

Al despertar me sentí triste, tanto como aquella vez que perdí la luna, el gato y un pequeño retrato que guardaba celosamente en la billetera, todo en el transcurso de dos años.

La mañana estaba derretida, parecía difusa, opaca y sin mucho brillo, al salir de casa, en busca de algunas cosas y por supuesto de Jorge, el camino se encontraba como inerte, la gente no reaccionaba al paso del coche, ni siquiera unos equinos extraviados hicieron sus movimientos acostumbrados; sentía somnolencia y deseo de no llegar nunca; pero como les digo, solo eran quince minutos, los quince minutos más volátiles de mi vida, donde encontraba la psicosis que ninguna droga me había otorgado antes, el miedo era indeciso y la multitud se apostaba agolpada a los lados de la vía, cerca al bar, donde según la policía a la una y siete minutos de la mañana, Jorge había recibido ocho disparos; creo que fue la única vez que sentí que me abía quedado completamente solo, no quise llorar, ni preguntar nada más, solo fui hasta la casa de Jorge, donde su mujer yacía con calmantes en una cama matrimonial lo mas de curiosa, sus dos niñas, de doce y diecinueve años estaban llorando, sentadas

sobre un sofá, con varios álbumes de fotos de su señor padre, de mi mejor amigo, de un gran ser humano; al ver todo esto solo me fui sin decir nada, sin dar condolencias, no quería la hipocresía en ese momento.

Han pasado solo seis meses desde que lo asesinaron, nadie sabe quién fue, o más bien todos lo sabemos, pero somos hijueputitas y en Hijueputa, nadie sabe nada, y quien sabe, ya está en la tumba, o lejos de aquí, haciendo su vida como yo lo había hecho en Bogotá.

Jorge Sandoval, un ser que nunca me enseñó mayor cosa, pero que con su muerte me entregó seis meses de odio directo hacia todos, ni siquiera frente al sujeto que haló del gatillo, tampoco del tipo que dio la orden, ni siquiera contra el sujeto obeso que cuenta historias irreales de la vida de mi mejor amigo; no, es simplemente algo general, he llegado a odiar incluso el aire que respiro, solo porque está aquí, en este pueblo.

Todo ese odio del cual les hablo lo mantuve en silencio estos seis meses, y hoy, un miércoles donde la gente se esconde, ya que no hay razones para salir, no cuando los jueves son días de vueltas de diferentes naturalezas, de chismes y de silenciosas burlas hacia todo; he dado por hecho que este lugar es hermoso en todo los aspectos, que Hijueputa no existe, y que nunca pudo haber existido si no fuera porque vivo en él, porque me até a la vida en un lugar donde todos sonríen, sonríen tal cual lo hace una hiena, se esconden a la espera de la caída, y es que Jorge ya había caído, justo en el puto momento en el que me conoció, y todo porque él no era un hijo de puta, ni mucho menos un hijueputita; por eso al saberlo debía lo de aquí, para preservar la identidad de mi pueblo; y sin más razones, porque realmente no necesito más, busqué a Alejandro Puerta, le di ocho millones de pesos para matar a Jorge Sandoval, uno por cada disparo, y todo porque no merecía vivir entre nosotros; era lo mejor, porque en Hijueputa, solo viven Hijueputitas.